

Un muro: para que no retornen

Germán Umaña M.
Profesor universitario



Un ejemplo de lo que es quedarse con el pecado y sin el género es que Estados Unidos construyó uno de esos muros de la infamia en su frontera con México para que los ciudadanos de ese país no puedan retornar a su patria. En Europa y EE. UU., los latinoamericanos que migraron llenos de ilusiones están en la actualidad retornando a sus lugares de origen, pues no hay trabajo y las tendencias xenofóbicas se acentúan.

Pero aún más insólito es que ya se plantea, por parte del Gobierno alemán y del actual Gobierno francés, (espero que llegando a su final), la propuesta de crear restricciones a la libre circulación de personas y trabajadores en el interior de la misma Europa. Las propuestas incluyen devolver el poder de las decisiones al Consejo de Ministros y ampliar las restricciones hasta por treinta días cada vez. ¿Cómo entender que los ciudadanos de España, Grecia, Portugal, Irlanda o Italia sean nuevamente considerados ciudadanos de segunda y se pierdan los avances que se realizaron en el libre flujo de personas?

Latinoamérica por su parte, y por ahora, se ha convertido en el más apetecido destino de los inversionistas de los países desarrollados y de aquellos en desarrollo con sobrantes de capital como China, Corea y el mismo Brasil. En un país como Colombia, no solo se les abren las puertas con muy pocas o ninguna restricción, se les da trato nacional e incluso se conservan prebendas y exenciones increíblemente generosas en una nación con la peor distribución del ingreso del continente y el mundo.

La paradoja es evidente. El riesgo es que la diáspora cambie de sentido. Nuevamente los europeos a la conquista de América. Me imagino que serán los españoles y los italianos, hasta los griegos y, de Estados Unidos, la migración podría estar en cabeza de los ciudadanos del servicio secreto hacia Cartagena.

¿Despertarán estas migraciones sentimientos xenofóbicos en nuestros países? ¿Tendencias hacia el cierre de fronteras? ¿Sentiremos afectados nuestros empleos y el aparente bienestar? ¿Habrá filas especiales para europeos y norteamericanos? ¿La policía de migraciones los interrogará con desconfianza y les advertiremos que no pueden quedarse en el país?

¿Surgirán en el marco de la politiquería latinoamericana muchas *mesdames* Le Pen, por lo menos como en Francia, con uno de cada uno de los cinco votos de los ciudadanos aptos para ejercer su derecho a elegir? ¿Se convertirán en los aliados necesarios de los gobiernos de turno?

¿Peligrará mi *petite* pensión? ¿Debo recorrer el camino hacia la xenofobia? ¿Convertirme en un nacionalista a ultranza? ¿Desconfiar de los que hablen otra lengua o tengan un acento que me sea desconocido? Veán ustedes, acabo de descubrir una forma de continuar por el camino del nuevo populismo. Cómo nos cambia la vida. Son los gajes del capitalismo.